

Carlos Esplá
Blasco y la muerte
(*Heraldo de Madrid*, 30-1-1928)

Blasco Ibáñez no temía a la muerte; pero sentía gran horror por las enfermedades, por la invalidez física. En más de una ocasión, hablando de estas cosas, me había dicho:

—Sé mirar a la muerte cara a cara. La he desafiado más de una vez. En mis luchas, en mis duelos y en mis aventuras de conquistador por América creo haber tenido el valor suficiente para hacerle frente. Pero, eso sí, me horroriza la idea de permanecer meses y meses enfermo, como un trasto inútil. Si la muerte fuese repentina no le tendría miedo...

Recientemente un periódico francés que había iniciado una encuesta sobre la muerte requirió la opinión de Blasco Ibáñez, y el gran novelista respondió:

—Cuando se está lleno de vida y con ganas de trabajar no se piensa en tales cosas. Yo pienso vivir todavía veinte años más.

En cierta ocasión, hallándonos reunidos en el novelista francés Louis Damur, Blasco Ibáñez nos decía:

—Por humildad y buena educación no debemos tener miedo a la muerte.

—¿Por qué, don Vicente? —le preguntamos.

Y el maestro contestó:

—Por humildad, porque no querer morir es un acto de soberbia propio de quien cree que todos han de morir menos él; que está reservado a la inmortalidad. Eso de que algunos grandes hombres, temerosos de morir, quieran ser inmortales y distintos a los guardias y a las porteras es una vanidad grotesca. Por educación, porque la vida constituye un espectáculo que debemos abandonar para dejar verlo a quienes vienen detrás de nosotros. Esos viejos que se empeñan en vivir a toda costa son espectadores molestos que fastidian a los jóvenes. Sería terrible una humanidad de ancianos decrepitos impidiendo el avance de la juventud.

Cuando la primavera pasada Blasco Ibáñez sufrió su primera hemorragia en el ojo derecho vino a París, y, acompañado y dirigido por el doctor Luna, se sometió al tratamiento de los más notables especialistas, que le hicieron toda clase de estudios y análisis.

El oculista doctor Dupuy du Temple recogía todos los informes de sus restantes colegas para hacer un diagnóstico definitivo. Blasco Ibáñez, que admiraba la minuciosidad de tales trabajos, me decía:

—Están haciendo una novela de mi enfermedad. Ya llevan escritos varios capítulos.

Prueba de la gran popularidad que Blasco Ibáñez gozaba entre los hombres de ciencia franceses, y de la admiración que por él sentían, es que ningún especialista de los que le visitaron quiso cobrarle sus visitas, contentándose con tener sus novelas dedicadas.

Otras veces, hablando Blasco Ibáñez de las enfermedades, decía verlas como personajes de novelas, como enemigos.

—Sí —añadía—; yo veo la tuberculosis, la sífilis y el cáncer como traidores de drama, de los que hay que defenderse.